

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

W. H. K.

N.º 33

LA CABANA EN LLAMAS

15 cts.



... se apresuró a intervenir en el crítico momento...

LA CABANÁ EN LLAMAS

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título,
de la colección «Selecciones Cinæs», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

I

QUE el ranchero Jean Swinter era un hombre malo, de odios africanos, vengativo y de pasiones tan violentas como incontenibles, lo sabían en cuarenta millas a la redonda.

Y esta fama, conseguida a fuerza de cometer abusos y atropellos que hasta entonces la justicia no había castigado, motivaba que rehusiesen su trato cuantos propietarios existían en la comarca, y cuando, por algún motivo, tenían que relacionarse con él, procuraban no concitarse su enojo y su enemistad.

Porque ni uno solo de los numerosos individuos que desde que Swinter se había establecido en aquella porción del Oeste, habían sostenido con él, por causa de intereses, una disputa, más temprano o más tarde había dejado de ser víctima de una fechoría, sin saber a ciencia cierta quién le infería el daño.

Desde luego, el perjudicado lo sospechaba, pero por indicios vagos, por meras suposiciones, la justicia actúa muy pocas veces.

Por lo demás, el *sherif* de la comarca, ante el cual habían formulado, en algunas ocasiones, sus quejas varios propietarios, víctimas de

las malas mañas de Jean Swinter, habíalas escuchado siempre con oídos de mercader, como vulgarmente se dice.

A las órdenes de Swinter figuraban unos cuantos sujetos de carácter tan violento como su amo y no menos malvados que él.

Por lo cual constituían una especie de pandilla que no dejaban vivir con sosiego ni tranquilidad a los moradores de la media docena de ranchos desparramados en aquella parte del Arizona.

Entre éstos se contaba Gene Bradley, el más rico de todos y cuyos dominios lindaban con los de Swinter.

Ya éste, al principio de adquirir la finca en que se hallaba establecido, pareció haberse enamorado de un extenso bosque de pinos y abetos situado al norte de su propiedad, y expuso ante su legítimo dueño, o sea Bradley, su irritante pretensión de que se lo cediera, porque era suyo...

Como se comprende, este último escuchó tan inesperada e insólita pretensión con un estupor sin límites.

Jamás habría imaginado que el

motivo de la visita de Swinter fue-
se tan descabellada pretensión.

Sin embargo, le preguntó con
acento casi afable quién le había
informado de una manera tan equi-
vocada...

— ¡El antiguo dueño de mi finca,
al que yo entregué también por ese
bosque varios centenares de dóla-
res!

— ¿Es posible?

— ¡Es absolutamente cierto, según
puedo demostrar con los documen-
tos de compra!

— ¡En tal caso fué usted víctima
de un engaño, de un timo, de una
estafa, que yo no puedo subsanar,
querido Swinter! ¡Reclame usted
al que le vendió el rancho... y que
la justicia lo castigue merecidamen-
te, por estafador y por bribón!

Jean Swinter encogióse de hom-
bros, replicando con acento bur-
lón:

— ¡Bah! ¡En estos asuntos, si in-
terviene la justicia, se muere uno
de viejo antes de verlos resueltos!

»Además, sólo Dios sabe dónde
para el viejo Lauder, pues me ase-
guró al venderme su rancho que
no sólo abandonaba el país de los
cow-boys, sino la misma América,
regresando a Alemania, su país na-
tivo...

»Por lo tanto, somos usted y yo,
señor Bradley, los que a las buenas
y amistosamente hemos de arreglar
la cosa...

Meditó unos instantes el honrado
y rico ranchero antes de contestar
a esas palabras. No era avaro, y,
además, considerábase poseedor de
una fortuna excesiva, por lo que de
buena gana habría consentido en
renunciar al inmenso bosque si esa
renuncia le hubiese parecido justa.

Pero tan grande como su nobleza
era su rectitud. La bondad, princi-

pal atributo de su carácter, no ex-
cluía la entereza.

Así es que después de una breve
meditación, declaró:

— Nosotros nada podemos arre-
glar... Ha sido usted víctima de un
engaño y en ello yo no he tenido
intervención alguna... ¿Cómo pre-
tende usted, pues, que resulte yo,
precisamente, el único perjudicado
de la falacia y la desfachatez de
Lauder?

— Lo cual quiere decir, hablan-
do claro, que se niega usted a ceder
el bosque?

— ¡Naturalmente! Es bien mío...
y...

— ¡Basta, señor Bradley! He ve-
nido a verlo a usted con ánimo conciliador... ¡Si me separo de usted
defraudado e irritado, quizás no
tarde usted en lamentarlo amarga-
mente!

Mientras le dirigía estas palabras
el temible Swinter lo miraba con
los ojos encendidos como brasas.

Era un hombre de unos treinta
años, de elevada estatura y fornida
complejión. Su rostro enjuto y ce-
trino lo adornaba un leve bigotito
negro, y en aquel instante, con el
entrecejo fruncido, sus facciones te-
nían una expresión casi asustadora.

En cambio Bradley frisaba ya ca-
si en los cincuenta y su persona, de
escasa corpulencia y mediana estau-
tura, denotaba escaso vigor físico.
Pero aquel cuerpo más bien ende-
ble albergaba un alma indomable.

Con impávida serenidad, luego
de mover la cabeza, que ya comen-
zaba a blanquear la nieve de los
años, preguntó:

— ¿Me amenaza usted, Swinter?

— ¡He hablado con toda claridad
posible!

— ¡Y yo todavía voy a hablarle
con más claridad! ¡Jamás cederé

un solo palmo, un solo árbol, una maleza del bosque que usted codicia sabiendo que es mío! ¡Oye usted? ¡Jamás!

Sonrió de un modo espantoso Swinter, dejando al descubierto una doble hilera de dientes blancos y agudos como los de un lobo, y declaró:

—En tal caso, me declara usted la guerra, ¿verdad?

—Como a usted le plazca...



... todos seguían con vivo interés los incidentes de la partida ..

—¡Ira del cielo! —bramó el visitante.

Pero no pudo proseguir.

La aparición de una encantadora y radiante criatura, bella y rubia como un rayo de sol, le cortó la palabra.

—¿Estorbo, querido papá? —preguntó la hermosa joven con voz acaeciadora y dulce.

—No, no, niña querida.

Entonces ella avanzó con grácil andar hacia el autor de sus días, y luego de rozar con sus rojos labios la frente del ranchero, le preguntó:

—¿Has renunciado al viaje que queríamos hacer?

—¡No, por cierto!

Y consultando el reloj añadió:

—Ahora mismo marcharemos a la estación. ¡Señor Swinter, usted me perdonará si no puedo ya concederle un solo minuto de atención!

El aludido, que desde hacía unos segundos contemplaba como en éxtasis a la seductora criatura, como si saliese de una especie de encantamiento, balbuceó:

—¡Es usted muy dueño de disponer de su tiempo, señor Bradley! Y le ruego que, a pesar de lo hablado, no me considere usted como a un enemigo.

Esto diciendo, alargó su fuerte manaza a Bradley, que se apresuró a estrecharla con su diestra, affirmando:

—Me es muy grato este cordial fin de nuestra entrevista, señor Swinter!

Saludó éste zafiamente a la joven, abandonando el aposento con el cerebro lleno de las ideas más confusas y el corazón de los sentimientos más diversos.

—¿Qué quería ese hombre, papá? —preguntóle a Bradley su hija.

—Un absurdo, un imposible, Gilda querida!... Ya te lo explicaré mientras vamos a la estación.

La irresistible belleza de la joven había amansado repentinamente a aquella fiera.

Swinter sintió su alma cruel y dominadora invadida por una de esas pasiones que todo lo arrollan con tal de verse satisfechas.

El odio que ya germinaba en ella contra Bradley y que indudablemente, según éste anunciara, no habría tardado en dar su fruto, trocóse en respeto y afecto.

Aquel hombre era el padre de la criatura más encantadora, bella y codiciable que existía bajo el sol, de la mujer que más sensación había ejercido en todo su sér y, por lo tanto, desde aquel instante, en lugar de aborrecerlo y demostrarle cuán peligrosa era su enemistad.

emplearía toda su voluntad en captarse su confianza y su aprecio.

He aquí sucintamente referida la causa de que fuese Bradley la única persona de la comarca que habiendo disgustado al feroz Swinter, no hubiese sufrido daño alguno en sus intereses...

II

A partir de aquel día, Jean Swinter visitó con frecuencia el rancho de su vecino con los pretextos más fútiles, anhelando ver a la deslumbrante Gilda.

Por una mirada de amor, por una palabra cariñosa, por la merced de besar sus divinas manos el sanguinario Swinter habría sido capaz de matar a cualquiera.

Con el transcurso del tiempo esta pasión convirtióse en un tormento poco menos que insoportable.

El instinto le anunciaba al enamorado Swinter que abrigaba esperanzas que jamás se verían realizadas.

Un día se presentó en el rancho Bradley vestido con un atildamiento rayano en lo grotesco.

Gilda y sus padres se hallaban en el porche del edificio y al verlo acercarse, Bradley apresuróse a salir a su encuentro.

—¿Qué nuevas le traen a usted por aquí, Swinter?

—El deseo de hablar con usted de un asunto en extremo importante...

—Ya le escucho...

Pasóse una mano por la frente el recién llegado.

Y luego balbuceó:

—¡Quiero hablar... sobre su hija! Bradley hizo un gesto de estupor.

—¡De mi hija! —repitió.

—Sí.

—¿Qué es ello?

—La quiero... la quiero... —confesó Swinter con acento tembloroso— inmensamente...

—Pero, Swinter, amigo mío, Gilda es demasiado joven... y además... ya está prometida!

Palidecieron densamente las facciones de Swinter, lanzaron sus ojos chispazos mortíferos y con voz alterada y ronca de rabia, balbuceó:

—¡Prometida!

—Sí, Swinter! El hombre que ha de ser su esposo vendrá al rancho dentro de unos días... ¡Es un joven ingeniero, hijo del mejor y más antiguo de mis amigos!

El peligroso ranchero lo escuchaba como anonadado, con la cabeza baja y los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Sin embargo, reaccionó en seguida contra aquella lasitud que las

palabras de su interlocutor habían producido en su cuerpo y en su alma.

—Ignoraba yo esta circunstancia —dijo con voz segura y firme ya—, que si la hubiese sabido, jamás habrían revelado mis labios el profundo afecto que siente mi corazón hacia su hija...

—¡Quién habría imaginado, Swinter, que usted, un hombre ya de treinta años, se hubiera fijado en mi hija con la intención de hacerla su esposa!...

—¿Se hubiese usted opuesto a esa intención, señor Bradley? —preguntó aquél.

—Yo, amigo mío, no me habría opuesto si mi hija hubiese correspondido a su pasión...

—¡Gracias, señor Bradley! ¡Entonces, nada más tenemos que hablar!

Y bruscamente giró sobre sus talones y se alejó del padre de Gilda.

Se lo quedó éste mirando hasta verlo desaparecer, y luego murmuró:

—Ahora sí que será necesario vi-

vir alerta y prevenidos contra este hombre malo, taimado e hipócrita!

Pronunciadas estas palabras, volvió junto a su esposa y Gilda; que, intrigadas y llenas de curiosidad, habían presenciado la corta conversación sostenida con Swinter.

—¿Por qué se ha marchado tan pronto ese hombre, Gene? —preguntó su mujer. —Qué deseaba?

—¿Qué deseaba? ¡Vais a horrozaros cuando os lo diga! —respondió Bradley sonriendo levemente. Porque, esposa mía, ha venido por nuestro más preciado tesoro.

Y señaló con la mano a la bellísima Gilda.

—¡Santo cielo! —exclamó la madre. —Pero se ha vuelto loco Swinter? —Y qué le has dicho?

—La verdad!

—¿Qué Dick es su prometido?

—Exactamente.

Siguió a esta respuesta un breve silencio.

El ranchero fué el primero en hacer uso de la palabra, diciendo:

—Temo que ahora Swinter sea nuestro más peligroso enemigo!

III

Estas proféticas palabras no tardaron en ser confirmadas por los hechos.

Cuatro días después se hallaba en el rancho Bradley el amado de Gilda. Había terminado aquel año su carrera de ingeniero, y como ya tenían hablado y convenido los padres de los muchachos, contraerían enlace al cabo de dos meses.

Era un joven de varonil y arrogante apostura y de rostro correcto y serio.

Al día siguiente al de su llegada, el padre de Gilda juzgó prudente ponerlo en antecedentes respecto a Swinter y a sus hombres, sin ocultarle las pretensiones que aquél abrigaba en relación con Gilda.

—Quisiera equivocarme —termi-

nó diciendo el sagaz y previsor ranchero—, pero creo que tu rival procurará ahora hacernos cuanto daño pueda...

— ¡Te aconsejo que tengas mucho cuidado, querido Dick, pues es un mal sujeto en toda la extensión de la palabra!

— ¡Tendré bien presentes sus palabras! —dijo Dick con sencillez—. Yo le aseguro que no soy manco y que no es cosa fácil, en caso de peligro, atropellarme...

En aquel momento se acercaron al ranchero varios *cow-boys* y uno de ellos le dijo:

— ¡El ganado está ya elegido para la marcha!

Trataba de unos cuantos centenares de animales bovinos y lanares que habían de embarcar en California.

Dick expresó su deseo de acompañar hasta el punto de embarque aquella expedición, y entonces el padre de Gilda le advirtió:

— Te aseguro que no se trata de un viaje de recreo, sino más bien penoso y no exento de algunos peligros...

— Tanto mejor para que yo insista... ¿A qué peligros alude usted?

— Esos peligros son desconocidos. Podría ocurrir que alguna pandilla de aventureros, de ladrones de ganado, os saliera al paso, intentando robároslo todo o parte de él... Podría ser que el mismo Swinter te tendiese una celada... ¡En fin, yo preferiría que desistieras de ese empeño!

— ¡Ahora que sé lo que puede suceder, desistir equivaldría a una cobarde deserción!

Poco más hablaron Dick y el progenitor de su amada.

Media hora después Dick partía al frente de aquella expedición, cuyo valor alcanzaba muchos miles de dólares.

Gilda lo vió marchar con su enamorado corazón lleno de funestos presagios.

Animoso y consciente de la misión que desempeñaba, Dick emprendió la marcha.

Habían de recorrer doscientas millas en varias jornadas, antes de llegar al final de aquel viaje.

En la primera etapa del mismo habían de llegar al límite norte de la finca de Bradley, o sea a una colina, en cuya falda estaba situada una cabaña.

En ella pernoctarían los conductores del ganado para reanudar la marcha al amanecer siguiente.

Una inmensa pampa serviría de aprisco al ganado.

Era noche cerrada cuando los expedicionarios llegaron al mencionado paraje.

Dick dió las instrucciones necesarias, eligiendo los *cow-boys* que en relevos al cabo de cuatro horas, habían de permanecer a la intemperie, vigilando el ganado.

Llegaban hasta allí los lugubres aullidos de los coyotes, los cuales se percibían de vez en cuando, entre el terrible y potente rugido de algún jaguar hambriento o en celo.

Para evitar el ataque de algunas de estas sanguinarias fieras, Dick dispuso incender algunas hogueras en torno de la cabaña.

Así se hizo, y sentados en torno de las llamas, la docena de hombres que formaban la expedición, charlaban y bebían animosa y alegramente.

La noche iba avanzando en tan-



... le asentó una mirada de desprecio...

to, y ya se disponía Dick a retirarse al interior de la cabaña para dar descanso a sus fatigados miembros, cuando resonaron los estampidos de varias detonaciones.

Prodújose entre los *cow-boys* del rancho Bradley una especie de tumulto.

— ¡Ya está armada! —dijo uno de ellos.

— Me parece que vamos a tener música! —añadió otro.

— Es preciso averiguar lo que ocurre! —declaró Dick, que, erguido, oteaba en todas direcciones, al través de las sombras de la noche.

Pero, naturalmente, ni a él ni a ninguno de los hombres que obedecían les era posible distinguir lo que ocurría.



... aferró en él sus fuertes puños...

Interpretado

por

**WALLY
WALES**



... todos permanecían en actitud expectativa...

Que se trataba de algo extraordinariamente grave lo revelaba la frecuencia de las detonaciones.

¿Quiénes eran los enemigos?

¿Una nutrida gavilla de forajidos tal vez?

¿El vengativo Swinter y sus hombres?

A estas preguntas que se dirigían Dick y sus leales *cow-boys* no podía contestar con certeza.

Lo único que sabían, orientados por el ruido de los disparos, era el sitio donde tenía lugar la lucha entre los agresores y los guardianes que, en la pampa cercana, vigilaban el ganado.



... se puso en pie vivamente...

De pronto se hizo un silencio completo, tan sólo turbado por los aullidos de las fieras y el graznar de las aves rapaces.

—Hay que estar prevenidos—dijo Dick—, porque probablemente esos cobardes e infames cuatreros intentarán atacarnos aquí y apoderarse de la cabaña.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, las ondas del viento que soplaba hacia ellos llevóles lejanas, fuertes y desesperadas vociferaciones.

—¡Indudablemente, varios de nuestros compañeros se hallan en una situación apurada! ¡Vayamos todos en su auxilio! ¡Seguidme!

Y acto seguido echó a correr en la dirección donde, todavía, continuaban las potentes voces pidiendo auxilio.

Tras un cuarto de hora de veloz carrera al través de los matojos y la maleza de un erial, Dick y su séquito ganaron la pampa.

Sus pupilas, habituadas ya a la obscuridad, percibieron en aquella parte numerosos animales tendidos en el alto y nutritivo pasto, y prosiguieron su marcha por el borde de la inmensa pradera, llenos de ardor y de entusiasmo.

Por fin, al cabo de media hora más de extenuador correr, se acercaron al sitio en que el ganado estaba agrupado e inquieto.

El fogonazo de varias detonaciones rasgó las tinieblas de la noche.

Un *cow-boy* cayó al suelo lanzando un alarido de dolor.

—¡Cobardes! ¡Infames! —bramó Dick divisando en las sombras de la noche otras sombras más densas que se movían junto a unos peñascales.

Al mismo tiempo disparó su revolver, ordenando:

—¡Todos al suelo! ¡Y adelante! ¡Seguidme!

Rastreando como reptiles sobre el alto herbaje, haciendo un continuo fuego, lograron avanzar varios centenares de metros.

Cuando llegaron junto a los peñascales, que daban entrada a un angosto desfiladero, la avizora mirada de Dick percibió a cierta distancia un confuso grupo. El atropellado rumor de las pisadas de animales que se alejaban corriendo, llegaba distintamente a sus oídos.

Comprendió en seguida que los audaces bribones habían logrado llevar a cabo en parte la fechoría que maquinaban.

Pero no estaba dispuesto a resignarse pasivamente a aquel robo.

Era necesario recobrar aquellas cabezas de ganado, y fiel a este tenaz y audaz propósito, gritó:

—¡A ellos! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hay que exterminar a esos bandidos como alimañas!

Pero, de improviso, un súbito resplandor rojizo que surgió en la altura atrajo su atención y contuvo su paso.

—¡Maldición! —bramó—. ¡Nos incendian el albergue! ¡La cabaña está en llamas!

Era verdad. En la colina ardía una colossal hoguera; el fuego adquiría por segundos proporciones mayores, y al cabo de un rato, el haz de llamas, semejantes a gigantescas culebras, formaba una elevada columna de la cual brotaban millones de chispas y cuyo resplandor teñía con rojizos tintes el oscuro firmamento.

Los incendiarios habían sabido aprovechar con rapidez la ausencia

de Dick y sus hombres para pegar fuego al rústico y aislado refugio.

Indudablemente, algunos bribones estaban espiando el momento en que los expedicionarios, atraídos por los disparos de la pampa, abandonarían aquel paraje...

Pero, ¿qué intención, qué móvil, qué fin perseguían al provocar aquel incendio que, como si estuviese animado de una voluntad maligna, se propagaba colina abajo y lamía con sus lenguas de fuego las malezas y los arbustos del pedregoso erial que separaba la pampa?

Si ésta llegaba a ser atacada por el voraz y siniestro elemento, pronto semejaría un océano de fuego...

Y en tal caso... ¿cómo evitar que los animales que ya comenzaban a dar señales de inquietud y de espanto pereciesen achicharrados?

Cruzaban estas preguntas como flechas por el cerebro de Dick.

La cólera le abrasaba la sangre como si se hallase en el fuego que contemplaba con ojos fulgurantes de cólera.

De pronto un designio se perfiló en su exaltada mente, para salvar aquella riqueza de la hecatombe que amenazaba convertirla en pavesas.

Y con voz potente, gritó:

—¡Escuchadme! Para librar el ganado del inmenso brasero que pronto será esta pampa, no tenemos más remedio que reanudar el viaje sin esperar el nuevo día...

»A los criminales que nos han jugado esta traidora y mala partida sin atreverse a dar la cara, quizás lleguemos a descubrirlos, porque en este mundo no hay deuda que no se pague ni crimen que impune quede...

»Difícil es la tarea que os exijo cuando vuestro fatigado organismo, lo mismo que el mío, tan necesitado se halla de unas horas de reposo.

»Pero, ¡ya lo veis! el incendio avanza, no podemos vacilar ni perder un solo minuto de tiempo... ¿Queréis obedecerme?

Una clamorosa respuesta afirmativa acogió esta pregunta.

IV

Al día siguiente, apenas rayó el alba, Dick ordenó el recuento del ganado y notóse la falta de veinte terneros y unos treinta carneros.

Los ladrones nocturnos, pues, habían dado un buen golpe y obtenido un botín espléndido.

¡Cuán ajeno era el animoso mozo a la idea de que en la alegre y bulliciosa ciudad en que lo esperaba el acaudalado tratante que había

comprado al padre de su amada el ganado, descubriría a los rapaces y felones forajidos que le hicieran vivir las horas más angustiosas de su vida!

En efecto, poco después de recibir el abultado fajo de billetes de Banco, importe del valor de los animales vendidos, la casualidad le deparó un encuentro inesperado.

Al entrar en cierto bar topóse con



... una sonrisa de felicidad asomó a sus labios.

el propio Jean Swinter en carne y hueso.

El siniestro personaje fingió la más grata de las sorpresas. Apre-
súremonos a decir, sin embargo, que su estancia en la próspera ciudad californiana obedecía al inexorable propósito de completar la hazaña llevada a cabo pocas noches antes, pegando fuego a la cabaña y a la pampa cercana, con otra no menos vil y perversa.

El miserable abrigaba la idea de robar a Dick el dinero y, además, si las circunstancias le brindaban una ocasión propicia, quitarle la vida...

Una vez suprimido su rival, no dudaba de que Gilda, transcurrido algún tiempo, accedería a ser suya.

Como hemos dicho, fingió a la perfección la alegría más sincera, exclamando:

— ¿Usted también en San Francisco, muchacho?

— ¡Así es, como usted puede ver!

— ¿Por muchos días?

— No, porque hoy mismo emprenderé el regreso al rancho.

— ¿Y qué le ha traído por acá? — preguntó el hipócrita como quien nada sabe.

— ¡Negocios de mi futuro suegro!

El rostro del malvado Swinter se ensombreció al pensar que su guapo y arrogante interlocutor sería pronto el dueño de la incomparable Gilda.

Y se dijo para sus adentros:

— ¡Jamás! ¡Antes se juntaran cielo y tierra! ¡Antes te daría cien muertes con mi propia mano!

Luego en voz alta declaró:

— ¡Lástima que a mí me retengan en esta ciudad asuntos de la mayor importancia! ¡De lo contrario haríamos el viaje juntos!

» ¡Pero ello no nos impedirá beber una copa de whisky! ¿No es verdad, muchacho?

Aceptó Dick con la idea de lograr conocer los secretos que escondía el alma cenagosa de aquel infame... A veces, el abuso de la bebida vuelve locuaces a los hombres más callados.

El mismo propósito abrigaba Swinter.

Unos momentos después los dos hombres se hallaban sentados a una mesa con una botella del espírituoso licor al alcance de la mano.

Swinter llenó ambas copas y propuso:

— ¡Brindemos! ¿Por quién? ¡Mil rayos! Por la prosperidad del rancho Bradley, por la felicidad de su bella hija, que es cómo brindar por la riqueza y la dicha de usted... ¿No es verdad, Dick?

— ¡Exactamente verdad! — corroboró éste con su habitual serenidad.

Swinter vació de un trago su copa y llenándola de nuevo, engulló otra vez su contenido de un tirón.

Luego, golpeándole amistosamente el hombro a su interlocutor, le dijo:

—Apostaría las orejas que adoran mi cara a que usted ignora una cosa...

—¿Cuál?

—¡Que yo quería casarme con la bellísima criatura que pronto será su esposa!

—Las perdería usted...

—¡Cómo! Le han dicho que yo...

Interrumpióse al ver que Dick hacía con la cabeza unos gestos afirmativos.

—¿De veras? ¿Sabe usted que yo quería a Gilda? ¡Sí! ¡Por lo tanto, me tendrá usted cierta ojeriza!

—¡Se equivoca usted!

—¡Bravo! ¡Es usted un muchacho tan leal como franco! ¡Bebamos, Dick!

Y llenó las copas, llevándose la suya a los labios y engullendo su contenido.

—¡Creo—dijo—que en lo futuro seremos los mejores amigos del mundo!

—¿Por qué no hemos de serlo?

—¡Yo siento hacia Bradley una gran amistad! De todos los propietarios de la comarca, es el que más quiero... y supongo que él me quiere a mí mucho también. ¿Me equivoco?

—Sin duda—dijo Dick evasivamente—, no tiene usted motivos ni razones para suponer lo contrario.

—¡Ninguno! ¡Cuándo ha de marcharse usted, muchacho?

—Dentro de un par de horas, que es el plazo que he concedido a mis bravos *cow-boys* para divertirse...

—¡Entonces tenemos tiempo de charlar y de jugar una partida! ¿Qué juego le gusta a usted más?

—No conozco ningún juego de naipes!

—Le enseñaré a usted uno muy fácil de aprender y muy emocionante... el *baccará*.

Antes de que Dick se negara, Swinter ordenó a un camarero que le llevarse unos naipes españoles.

—Todas las figuritas son cero en el *baccará* y las demás cartas valen por el número que llevan... Voy a darle a usted dos y yo me quedo otras dos...

Lo hizo así y preguntó:

—¿Qué cifra suman sus dos naipes, Dick?

—¡Siete!

—¡Los míos dos! ¡Ha ganado usted! ¡Volvamos a jugar!

Y repartió de nuevo las cartas.

—¡Diga usted qué número lleva!

—¡Ocho!

—¡Y yo tres! ¡Por lo visto en lances de juego y de amor, usted me ganaría siempre!

A continuación invitóle a jugar dinero, pero el novio de Gilda se negó, y pretextando tener que hacer aún ciertas diligencias, se des-



... se agarró con ambas manos a la rama del árbol...

pidió de aquel sujeto que le inspiraba tanta repugnancia como desprecio.

—¡Le acompañaré a usted! —dijo Swinter, saliendo con él del establecimiento

Una vez fuera exclamó:

—¡Calla! ¡Por ahí viene uno de los haraganes y mastuerzos que me han acompañado en este viaje!

Dick divisó a un individuo de siniestra catadura, que se acercaba hacia ellos con andar pesado y zigzagueante, de beodo.

—¿Ya estamos así, *Catapulta*? —le preguntó Swinter frunciendo el ceño—. Pero... no te tengo dicho...

—¡Déjame en paz! ¡A mí dame whisky en lugar de echarme sermones! —respondió el borrachín, que debía el apodo de *Catapulta* a la confundencia de sus puños.

De pronto, fijándose en Dick preguntó:

—¿Quién es este... mozo tan gallardo?

—¡El futuro yerno de Bradley!

Al oír esto, un gesto de asombro inaudito se pintó en la abotagada y embrutecida fisonomía de *Catapulta*, quien masculló con lengua estropajosa:

—¡Por Júpiter! ¡Te felicito, galán! ¡Ah, ah! De buena te libras...

No pudo acabar.

Furioso y lívido de cólera Swinter se había plantado a su lado y echándole la zarpa al gaznate, impiéndole resollar.

Catapulta retrocedió, tambaleándose y rugiendo de ira.

—¿Qué haces, Swinter?

—¡Lárgate, borracho! —aulló éste—. ¡No quiero oírté más sandeces en tu cochina vida y desde este momento dejas de estar a mis órdenes!

Profirió *Catapulta* una blasfemia, sin duda tenía intención de agredir a su amo, pero los espírituosos vapores que llenaban su cerebro volvíanlo en un adversario poco temi-

ble, por lo cual Swinter lo hizo rodar por el suelo dándole un empeñón.

Luego dijo a Dick:

—¡Vámonos, muchacho! ¡Qué importunos y repugnantes son los beodos, verdad?

Sonrió el amado de Gilda de un modo algo misterioso y repuso:

—¡Indudablemente! ¡Sobre todo cuando conocen secretos cuya divulgación puede costarte a uno la libertad o la vida! ¡No es verdad, Swinter? ¡No es verdad, hediondo ladrón? ¡No es verdad, infame incendiario?

Tan inesperados insultos hicieron dar al miserable un brinco tigresco.

—Pero... pero... se ha vuelto usted loco?

—¡Demasiado sabe usted lo que quiero decir y que digo la verdad, miserable! ¡Quítese de una vez la careta!

—¡Quitada está! —aulló Swinter.

—Y bien, ¿quéquieres, ladrón e incendiario?

—¡Aplastarte como a un gusano! ¡Machacarte el cráneo a puñetazos! —rugió Swinter.

Pero no tuvo tiempo siquiera de mover un brazo para cumplir su amenaza, porque el puño de su adversario cayó tres veces sobre su rostro con tal violencia que los golpes lo dejaron como atontado.

Seguidamente Dick le asentó otros puñetazos que lo derribaron junto al embriagado *Catapulta*, atrayendo la presencia de varios transeúntes y de un policía.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó éste.

—¡Bajo mi responsabilidad detenga usted a estos dos criminales! —repuso Dick dándose a conocer.

En la jefatura de policía amplió sus acusaciones y, horas después, cuando los detenidos, luego de incurrir en sospechosas contradicciones, acabaron por confesar la verdad, Dick emprendió el regreso al rancho de su amada, donde era esperado con una ansiedad inenarrable...

Pero cuando dió la noticia de la captura y prisión de Swinter y su pandilla, esa ansiedad trocóse en

una alegría tan profunda como humilliosa.

— ¡Ahora sí que vuestra felicidad será completa y duradera, hijos míos! —dijo el ranchero Bradley—. Mucho daño causó el incendio, pero todo lo doy por bien perdido ante el sosiego, la paz y la tranquilidad que, desaparecido el traidor y siniestro Swinter, todos gozaremos en este incomparable rincón del Oeste.

F I N

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

SALVADO POR SU CABALLO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla

15 CTS. EL CUADERNO CON NOVELA COMPLETA

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|-------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 17. Los falsificadores. |
| 2. Contra viento y marea. | 18. Un novio con buenos puños. |
| 3. El valle del misterio. | 19. Veloz como el rayo. |
| 4. El rey de los jinetes. | 20. Perdido en el desierto. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 21. Los cuatreros. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 7. La ley del tortazo. | 23. Por defender a una mujer. |
| 8. El culpable. | 24. El fantasma del rancho. |
| 9. De señorito a vaquero. | 25. De cara a la muerte. |
| 10. El Gavilán de la Pradera. | 26. Buscando la revancha. |
| 11. Ladrones de ganado. | 27. Astucia rural. |
| 12. El valiente. | 28. Armando gresca. |
| 13. El Pirata del Desierto. | 29. A sangre y fuego. |
| 14. El crimen ignorado. | 30. El secreto de la mina. |
| 15. La ley del revólver. | 31. El valiente de la pradera. |
| 16. El Guapo del rancho K. | 32. La fuga del presidiario. |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccione usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona